

LECCION XXXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLOS XI Y XII.)

La Iglesia afligida : fuego sacro, ó de san Antonio ; — consolada : fundacion de la Orden de san Antonio de Viennois ; — atacada en Oriente : Musulmanes ; — defendida : caballeros de san Juan de Jerusalem ó de Malta ; — afligida : la lepra ; — consolada : caballeros de san Lázaro ; — atacada : escándalos, errores ; — defendida y consolada : san Bernardo.

La historia de la Iglesia, propiamente hablando, no es otra que la de la accion divina protegiendo la verdad cristiana y propagándola á pesar de todos los obstáculos. Ya muchas veces hemos manifestado que Dios coloca siempre el remedio al lado del mal, el consuelo al lado de la pena ; á la herejía opone los Santos y las Órdenes apolo- gistas ; á los escándalos, los Santos y las Órdenes contemplativas ; á las calamidades públicas, los Santos y las Órdenes hospitalarias. El siglo XI nos suministrará nuevas pruebas de esta verdad.

Mientras los cristianos de Europa pasaban al Oriente para socor- rer á sus oprimidos hermanos, una terrible enfermedad se desplegó de pronto en Francia y en otros puntos del Occidente. Esta enfer- medad, nunca bien definida, y que el pueblo dió en llamar *fuego sa- cro* ó *fuego de san Antonio*, y *fuego del infierno*, hizo sus mayores estragos durante los siglos XI y XII, siendo su principal efecto inutilizar del todo el miembro acometido, el cual se ponía negro y seco como si estuviera quemado, ó se corrompía causando dolores in- sufribles.

Un caballero del Delfinado llamado Gaston vió caer víctima de ese mal terrible á su hijo Guerino ; apeló para curarle á todos los reme- dios, pero siendo inútil invocó á san Antonio, cuya proteccion le habia valido á él mismo en otra aguda enfermedad, rogándole humilde que volviera la salud á su hijo, y prometiendo, si le oia, consagrarse él y su hijo con todos sus bienes al alivio de los pobres acometidos del fue- go sacro, y al socorro de los peregrinos que de todas partes acudian á implorar la intercesion de aquel cuyo solo nombre, segun frase de san Atanasio, hacia temblar á los demonios y á quien Dios habia dado al Egipto como médico soberano.

Al acabar su súplica, durmióse Gaston, y en sueños se le apareció san Antonio, reprendiéndole porque mas atendia á la salud del cuer- po que á la del alma de su hijo ; « mas no obstante, dijo el Santo,

» Dios ha oído tu súplica, y así, cumple tu promesa. Tú y cuantos se
» consagraren al alivio de los enfermos, tomaréis por insignia una
» cruz de color azul. » La figura de esta cruz se veía en el extremo de su cayado, que plantó en el suelo, y al punto pareció reverdecer y echar ramas que cubrian toda la tierra, saliendo al mismo tiempo del cielo una mano que lo bendecía. Esta cruz, semejante á una T mayús- cula, es el signo con que, segun el Apocalipsis, está sellada la frente de los escogidos.

Vuelto Gaston á casa, halló á su hijo ya fuera de peligro, y desde luego le dió parte de su vision y de la promesa que habia hecho. Apro- bada tan santa resolucion por aquel, sin mas demora que la precisa para arreglar sus asuntos, fuéronse al lugar de San Antonio, y consa- grando sus bienes y personas al servicio de los pobres enfermos, die- ron principio al hospital que debia albergarles inmediato á la iglesia, y el dia 28 de junio de 1095 dejaron sus mundanas vestiduras por un humilde hábito negro marcado en el lado izquierdo con la cruz suso- dicha. Tal fué el origen de la Orden de san Antonio de Viennois, la cual, mientras duró la horrible enfermedad que ella tenia mision de aliviar, hizo extensivos á buena parte de Europa los efectos de su ca- ridad tiernísima ⁴.

Feliz la Iglesia por haber aliviado á sus hijos, cobijados, por de- cirlo así, bajo sus alas, no se olvidó de aquellos que moraban en las provincias mas apartadas de Oriente. Á manera de lobos rapaces que buscan entrada en los corrales, los Sarracenos y Turcos andaban al rededor del redil de Jesucristo, y ora salteaban un país cristiano, ora invadian otro, llevándolo todo á fuego y sangre, inmolando á los hombres y cautivando á los niños y mujeres. Para levantar en torno de esta grey escogida un vallado insuperable á aquellas fieras, el Señor habló al corazon de algunos de los nobles guerreros cuyo valor conquistara á Jerusalem, y les inspiró la determinacion de con- sagrarse en cuerpo y bienes á la defensa de los pueblos cristianos. Estos héroes para siempre célebres se reunieron en cuerpos religio- sos, llegando á contarse de los que se conocen hasta treinta, siendo el mas célebre el de los caballeros de san Juan de Jerusalem, llama- dos despues de Rodas ó de Malta, cuando estas dos islas vinieron á ser el lugar de su residencia y el teatro de sus hazañas.

El beato Raimundo de Puy, natural del Delfinado, segundo gran maestre de la Orden, trazó los reglamentos que servian de estatuto á los caballeros, comprendiendo los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, por los años de 1118. Contar aquí los altos hechos que ilustraron á la Orden de san Juan de Jerusalem seria tarea de harto empeño, y bastará referir uno solo.

⁴ Helyot, t. II, pág. 110.

En 1565 Soliman II, emperador de los Turcos, uno de los mas terribles enemigos del Cristianismo, resolvió tomar la isla de Malta defendida por estos caballeros, y al efecto avocó contra ella toda la hueste musulmana compuesta de cien mil combatientes, con una flota de ciento cincuenta y ocho galeras, once navíos y otros doce bastimentos. Por espacio de cuatro meses combatieron la ciudad con un vigor increíble, si bien con no menos teson la defendieron el gran maestre Juan de la Valette y sus caballeros; esforzado varon que tenia puesta en Dios una confianza igual á su impavidez.

Un domingo, mientras rezaba Vísperas, fueron á anunciarle que los Turcos habian practicado una gran brecha y que empezaban á escalar los muros. « Sigan las Vísperas, respondió como valiente; » cuando concluyan, verémos lo que habrá que hacer. » En efecto, concluyóse el rezo, y entonces corriendo al punto amenazado, hizo prodigios de valor y rechazó al enemigo. Mas de veinte mil infieles perdieron la vida en este sitio, habiéndose disparado setenta y ocho mil cañonazos contra la plaza, la cual ya no tenia mas reparos que los pechos de sus heróicos defensores. Arruinada enteramente, restauróla el mismo gran maestre, y aun edificó otra ciudad nueva llamada de su nombre *ciudad Valette*, concluida la cual murió con tanta piedad, como valor y prudencia habia desplegado durante su vida.

El eco de esta victoria resonó por toda Europa, y el emperador Carlos V envió al gran maestre una espada con rica empuñadura de oro y pedrería. Todos los años, en accion de gracias por el triunfo, celebrábase en Malta una procesion solemne el dia de la Natividad de la Virgen en que se levantó el sitio, y á ella concurrían todos los caballeros con su maestre á la cabeza, acompañado de un paje que llevaba la espada regalada por Carlos V, y seguido de un caballero con el estandarte de la Religion. Al entonarse el Evangelio, el gran maestre tomaba esta espada de manos del paje y la tenia en alto durante la lectura del sagrado texto, como prueba de que lo mismo él que los demás caballeros se hallaban prontos á militar en defensa de la fe.

Distribuíase esta Orden en *lenguas*, correspondientes á las varias naciones de que se formaba, á saber: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Alemania, Castilla ó Inglaterra. En cada provincia de estas tenia haciendas, cuyas rentas servían para sostener la guerra contra los infieles y asistir á los pobres; siendo el primer instituto de esta caballería socorrer á los pobres peregrinos de la Tierra Santa, cuyo espíritu conservaron siempre, de suerte que la Europa cristiana vió por espacio de algunos siglos á estos valientes entre los valientes y flor de la nobleza pasar su vida en los campos de batalla ó á la cabecera de los enfermos en los hospitales, y orando en sus claustros.

El hospitalario mayor era siempre un caballero gran cruz, encargado de atender al buen cuidado de los enfermos, asistiéndole otros caballeros que repartían los medicamentos, cuidando tambien uno y otros de los huérfanos que criaban á expensas del tesoro comun hasta la edad de ocho años. El maestre se denominaba á sí mismo *custodio de los pobres de Jesucristo*, y los caballeros llamaban *nuestros señores* á los enfermos y á los pobres ⁴.

Orar y asistir á los necesitados, hé aquí las ocupaciones de los caballeros en tiempo de paz; pero al menor asomo de alarma, volvían á empuñar sus nobles espadas, y en un cerrar de ojos se trasladaban al punto donde su presencia era necesaria. Terribles en las lides cuanto sufridos en los hospitales, estos héroes verdaderamente cristianos hacían prodigios de valor; mas apenas la trompeta daba la señal de retirada, ibanse, cubiertos aun de polvo y sangre, al pié de los altares para rendir gracias al Dios que da la victoria, y colgar de las bóvedas del templo las banderas ganadas por su valor. Á mas de los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, hacían otro, y era no contar jamás el número de sus enemigos ni volver atrás en el combate, antes avanzar con denuedo, cualquiera que fuese el peligro. Óigase ahora una parte del ceremonial de su recepcion, en el cual resplandece con una vebemencia é ingenuidad la mas admirable aquel doble espíritu de fuerza y caridad que distingue á la religion cristiana y que ella imprime á todas sus instituciones. El postulante, vestido de un largo ropon negro y de un manto acabado en punta, hincábase de rodillas al pié del altar con una antorcha encendida en la mano y una espada desenvainada, que daba á bendecir al celebrante; habíase de antemano preparado con una confesion general y la sagrada comunión. El sacerdote despues de rezar varias oraciones, rociando con agua bendita al caballero y la espada, le entregaba esta, diciendo: *Recibe esta santa espada, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, amen. Sirvete de ella para tu defensa, para la de la santa Iglesia de Dios, y para confusion de los enemigos de la cruz de Jesucristo y de la fe cristiana, y procura, en cuanto la humana fragilidad permite, nunca herir con ella injustamente.* Dicho esto la envainaba, y ciñéndosela al caballero, añadía: *Ciñete esta espada en nombre de Jesucristo, y acuérdate de que los Santos no tanto conquistaron reinos por las armas, cuanto por su acendrada fe.* Entonces el caballero la desenvainaba, y el sacerdote seguía diciendo: *Esta espada en su brillo simboliza la fe, en su punta la esperanza, y en su pomo la caridad: empléala en servicio de la fe católica, y de la justicia, y de las viudas y pobres huérfanos. Ella es la verdadera fe y justificación de un caballero; pues la santificación consiste en ofrecer el alma á*

⁴ Michaud, *Historia de las Cruzadas*, t. V, pág. 239.

Dios y el cuerpo á los peligros en servicio suyo; y mientras el mismo caballero blandía tres veces la espada, añadía: *Esta triple accion de blandir la espada que tienes en la mano, significa que en nombre de la santísima Trinidad debes desafiar á todos los enemigos de la fe católica con esperanza de triunfo; así Dios te conceda esta gracia, amen.* Los precedentes avisos y oraciones tienen un sentido tan profundo, que nos permitiremos recalcarlos con ligeras observaciones: el poder de la espada es el mas terrible que los hombres conocen; la Religion antes de confiarlo á uno de sus hijos, quiere que sepa bien con qué espíritu, á qué fin y en qué casos debe hacer uso de él: ¿dónde se buscarán ceremonias mas instructivas y lecciones mas interesantes? Despues presentaban y calzaban al caballero unas espuelas doradas, diciéndole: *¿Ves estas espuelas? ellas significan que así como las teme el caballo cuando se separa de la recta senda, igualmente tú debes temer desviarte de tu rango y de tus votos, y cometer iniquidad. Te las calzan doradas, porque el oro es el metal mas rico y simboliza el honor.*

Venia en pos la recepcion del manto de la Orden: el recipiente mostraba al profesante la cruz de ocho puntas impresas en su lado izquierdo, diciendo: *Esta cruz la llevamos blanca en señal de pureza; debes llevarla tambien por dentro y fuera sin mancha ni borron alguno. Sus ocho puntas simbolizan las ocho bienaventuranzas que debes tener siempre en tí, á saber: 1º. disfrutar contento espiritual; 2º. vivir sin malicia; 3º. llorar los pecados; 4º. humillarse ante las injurias; 5º. amar la justicia; 6º. ser misericordioso; 7º. ser sincero y limpio de corazon; 8º. sufrir las persecuciones. Estas son otras tantas virtudes que has de grabar en tu corazon para consuelo y conservacion de tu alma, á cuyo fin te encargo lleves abiertamente esta cruz cosida al lado izquierdo sobre el corazon sin dejarla jamás.* Bieno esto le daba á besar la cruz y le echaba el manto sobre los hombros, añadiendo: *Toma esta cruz y este manto en nombre de la santísima Trinidad, para salud y reposo de tu alma, para aumento de la fe católica y defensa de todos los buenos cristianos, y en honra de Nuestro Señor Jesucristo. Póngote la cruz al lado izquierdo, hácia la region del corazon, para que la ames perfectamente y la defiendas con tu mano derecha; y cuenta que no la abandones, pues ella es la verdadera enseña de nuestra Religion. Este manto que te echo encima, representa la vestidura de piel de camello que llevaba en el desierto nuestro patrono san Juan Bautista, y tú con recibirlo renuncias á las pompas y vanidades de la tierra. Úsalo en las ocasiones prescritas y procura que tu cuerpo sea amortajado con él. Sobre el manto habia bordados en lienzo blanco los trofeos de la Pasion, y aludiendo á esto seguia diciendo el celebrante: *A fin de que pongas toda esperanza para la remision de tus culpas en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, héla aquí representada en este cordon con el que fué atado por los Judíos; hé aquí la corona de espinas; el pilar del**

azotamiento; la lanza con que fué traspasado; la esponja empapada en hiel y vinagre; los azotes; los cestos para dar limosna á los pobres y para recogerla cuando carecieres de bienes propios; la cruz de la crucifixion, cruz que te he puesto al hombro en memoria de la Pasion, y que servirá de regla para tu alma. Este yugo es muy ligero y suave, y en señal de la servitud que aceptaste, te ligo al cuello este cordon. El tal cordon era de seda, blanco ó negro. Así, de piés á cabeza, el caballero de la Religion leía á una vez en todos sus vestidos sus deberes, sus promesas y su vocacion sublime, no pudiendo dar un paso, ni echar sobre sí una mirada sin penetrarse de la elevada santidad y noble valor que debían distinguirlo; y ¿qué galardón se le prometía en cambio de tamaños sacrificios? Hé aquí las últimas palabras del recipiente: *Te hacemos á tí y á todos tus deudos partícipe de todos los bienes espirituales que se hacen ó se hicieren en nuestra Religion por toda la cristiandad*¹.

Estos valerosos caballeros, que por tantos siglos formaron con sus pechos unos baluartes vivos al rededor del pueblo cristiano, proporcionaron á la Iglesia el reposo necesario para ocuparse en la santificacion de sus hijos y seguir dirigiéndolos hácia el cielo; y en verdad que este tiempo fué aprovechado. Ábrese el siglo XII, siglo de gloria y de fervor, en el que el doble genio de fe y de caridad cubre la faz de la Europa de inimitables modelos y de asilos consagrados á la oracion y la virtud: en el anterior fundáronse veinte congregaciones religiosas; en el presente, mas de cuarenta inmortalizarán este hermoso periodo de la época llamada edad media! Lástima, lector, que no podamos hablarte con detencion de tantas maravillas, tantas y tan propias para que lata de alegría el corazon de todo buen cristiano; pero referirémos algunas.

El objeto de la Orden de san Juan de Jerusalem era cuidar á los enfermos y defender á los Cristianos: el mismo fué el de los caballeros Lazaristas, salvo que estos se consagraban en especial á los enfermos conocidos por leprosos. En los siglos XI, XII y XIII, la lepra habia extendido sus estragos por gran parte del mundo; era un mal que atacaba súbitamente todos los miembros del cuerpo y los desecaba con rapidez, siendo contagioso como la peste, y pegábase no solo con tocar al enfermo, sino sus vestidos, sus muebles, y aun respirar el mismo ambiente. Así pues, los leprosos causaban un horror inexplicable; todo el mundo huía de ellos; se les lanzaba lejos de poblado², y veíanse obligados á divagar en tropas por los campos,

¹ Helyot, t. III, pág. 74 y siguientes.

² El ceremonial de la separacion de los leprosos era una de las mas interesantes liturgias eclesiásticas: el sacerdote despues de celebrada misa en favor de los atacados, se ponía sobrepelliz y estola, y los rociaba con agua bendita, conduciéndolos en seguida al hospital. Allí los exhortaba en buena paciencia y caridad á tomar ejemplo

hechos unos cadáveres ambulantes, y si por acaso veían llegar alguna persona, estaban obligados á avisarla de lejos con sus tablillas para que se apartase. Así pues, desamparados de todos, presa de los

de Jesucristo y de los Santos : « El mi hermano, cativo grato al Dios bondoso, que » asaz fincades de triste, lazdrado, malato y sin conhorto; por ende vades al regno » paradisial, dó non aviene daño nin duelo, ca todo es puro é aliñado é sin rastro » de mancilla, brillante como el sol; mas vos cale buen christiano ser, é la vuesa » cruz con grande sufrimiento conllevar; é Dios facervos ha merced; ca magüer de » cuerpo alongado, en espíritu sodes cual nunca fuistes; é avredes parte é partida » en todas las preces de la Iglesia nuestra santa Madre, cual si entre el pueblo á los » divinales oficios quotidianamente fincáredes. É tocante á vuestros livianos me- » nesteres darán de mano las almas buenas, é Dios non vos ha desechar con tal que » andedes acucioso é bien sofrido; ca Dios mora en vos, amen. » Despues de este consolador preámbulo, el sacerdote cumpliendo con la parte penosa de su ministerio, formulaba las terribles prohibiciones legales :

- 1º. « A vos comán de non entrar en igreja, ne en capilla, ne en cortijo, ne en » mercado, ne en aceña, ne en familiaridad de gentes.
 - 2º. « A vos comán de non salir salvo en arreo de malato, á ese fin que vos conozcan; » de non andar á pies descalzos.
 - 3º. « A vos comán de non vos lavar las manos nin al, en arroyo ni en fuente, ni » de ellas beber, é beber solo en vuestro cubilete ó escudilla.
 - 4º. « A vos comán de non tocar á cosa que ajustedes ó merquedes, antes de vuestra » fincar.
 - 5º. « A vos comán de non entrar en tabierna; é si mercáredes vino ó vos le dieren, » lo guardedes en vuestro cubilete.
 - 6º. « A vos comán de morar solo con la vuesa mugier, é non otra tal.
 - 7º. « A vos comán de non platicar con viandante, salvo á viento de yuso.
 - 8º. « A vos comán de non andar en calleja, á ese fin de non dar con encontradizo, » á sospecha de lo lazdrar.
 - 9º. « A vos comán de non pasar en pasage, é non tocar á sogá ne brocal, salvo » metidas luas.
 10. « A vos comán de non llegar á infante, é de non lo festeiar.
 11. « A vos comán de non yantar é non beber sinon en las vuestas escudillas.
 12. « A vos comán de non yantar é non beber á compañía de al que de malato. »
- Dicho esto el sacerdote tomaba un puñado de tierra del cementerio y la derramaba sobre la cabeza del enfermo diciendo : « Fina al mundo é á Dios naz. ¡ Ah » Jesús, el mi Redemptor! de polvo me fizo, é de corporal vestidura : renascirme ha » en la jornada postrimeral. »

Duras se hacen estas palabras al hombre que nació y vivió en medio de la sociedad y que ve rotas sus mas santas afecciones y destruidas sus mas nobles esperanzas; así es que el leproso quedaba sobrecogido, sin movimiento, como participando ya de la placidez del tránsito cristiano. Entonces el pueblo cantaba : — Agitados han sido mis huesos y mi alma conturbada, ¡ *alleluya!* Señor, dispensadnos misericordia y volvednos la salud. — El sacerdote leía el Evangelio de los diez leprosos, y en seguida bendiciendo el traje y el pobre ajuar del leproso, íbale presentando cada objeto por este órden : (Al entregar el vestido, llamado *husa*) : « Hermano mio, » recibe este traje, en signo de humildad, sin el cual te prohibo salir en adelante de » tu casa, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » (Al darle » el barril) : « Toma este barril para guardar lo que te dieren á beber, y prohibote » so pena de desobediencia, beber en los rios, fuentes ó pozos comunes, ó lavarte » en ellos de cualquier modo que fuere, ni mojar en los mismos tus ropas, chismes, » camisa y demás de tu uso. » (Á las tablillas) : « Toma estas tablillas en señal de

sufrimientos mas horribles, estos infelices llamaban la muerte como un gran favor.

Compadeciósse Dios de sus miserias : la Religion en su maternal

» que te está vedado hablar con los que no te sean semejantes, salvo el caso de ne- » cesidad; y con ellas has de pedir lo que te conviniere, apartándote de las gentes » contra la direccion del viento. » (Á los guantes) : « Recibe estos guantes, sin los » cuales no podrás tocar cosa alguna que no te pertenezca, procurando que tus » efectos no sean tocados de los demás. » (Á la fiambra) : « Recibe esta fiambra » en la cual guardarás lo que te dieren las personas caritativas, acordándote de » rogar á Dios por tus bienhechores. »

El ajuar de un leproso consistia en zapatos, escarpines, sayo de camelote, *husa*, montera de camelote, dos pares de pañamanos, un barril con su embudo, cinto de correa, cuchillo, escudilla de palo, una cama de terliz, cabezal, manta, dos pares de sábanas, una segur, un cofre con llave, una mesa, una silla, una lámpara, una sartén, una bacía, cucharas de palo y un puchero para guisar la carne. Todos estos objetos groseros eran bendecidos y santificados por las preces de la Iglesia; y despues el sacerdote cogia al leproso por su ropa y lo introducía en su celda diciendo : « Hé aquí mi reposo para siempre; en él moraré, pues es el objeto de mis deseos. » Delante de la puerta se fijaba una cruz de madera y un cepillo, para recibir las limosnas que el fiel peregrino deponia humilde en cambio de las oraciones del enfermo solitario. El mismo sacerdote daba el ejemplo ofreciendo primero que nadie su limosna, y despues seguía todo el pueblo.

Terminada esta ceremonia, triste en parte, y en parte consoladora, los fieles regresaban á la iglesia precedidos de la cruz procesional, y allí se arrodillaban á escuchar la siguiente oracion que en voz alta dirigía el sacerdote al Dios todopoderoso : « Potente Dios, que por la paciencia de tu Unigénito soltaste el orgullo » del antiguo enemigo, concede á tu siervo la necesaria paciencia para llevar pia y » sufridamente los males que pesan sobre él, Amen. » Y el pueblo respondía : « ¡ Amen! así sea. »

De esta suerte quedaban segregados de la sociedad los *cativos gratos al Dios bondoso* : dichosos si poseían virtud y resignacion, porque do quiera se les consisderaba como personas muy elevadas en el órden moral. Desterrados en la tierra, privados de todas las ilusiones que generalmente embellecen la vida, y de todos los auxilios humanos que naturalmente la sostienen, los leprosos en su estado habitual yacían en una tristeza humilde y apacible. Nosotros, que ya no tenemos la fe de entonces, no alcanzamos á comprender lo mucho que hizo en pro de los que sufren la misericordia del cielo colocando beneficios hasta en los últimos límites de la desgracia. La Religion y la naturaleza encierran tesoros de sublimes fruiciones para aquellos miembros de la familia humana que el mundo hubo de desheredar. En la edad media se honraba á un leproso como á un confesor de la fe, y dábanse los dictados mas afectuosos á aquel pobre á quien el cielo misteriosamente consolaba. El amigo soberanamente fiel no abandonaba al infeliz leproso, comunicándole un secreto contento sin mezcla de turbacion; pues la dicha solo existe donde hay algo de celestial.

¹ Llamábanles *los enfermos del Dios bueno, los pobres queridos del buen Dios, las buenas gentes*, etc. Únicamente el dia de Pascua podían salir de su encierro en memoria de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

En una iglesia cerca de Dijon vimos uno de esos sepulcros de los leprosos. Allí es donde puede formarse idea del traje y parte del ajuar de aquellos infelices. Mr. Maillard de Chambure, conocido por su afición á las antigüedades de Borgoña, hizo poner en los archivos un dibujo muy grande y exacto de este monumento curioso. (*Historia de san Francisco de Asis*, por Emilio Chavin, cap. 2.)

caridad persuadió á algunos fervorosos cristianos, mancebos de noble cuna, á arrostrar los riesgos del contagio poniéndose á servir á los leprosos, y estos héroes, cuales el Paganismo y la herejía no los produjeron ni los producirán jamás, fundaron la caballería de san Lázaro; pero ¡admirémos hasta qué extremo la Religión llevó su solicitud á favor de aquellos pobres enfermos! Temiendo que el aspecto repugnante de su mal y el peligro de su contagio no retrajera de prodigarles todas las atenciones, esmero y cuidados que necesitaban, inspiró una cosa verdaderamente increíble: *El gran maestro de la Orden de san Lázaro, establecida para sanar y corregir la lepra, debía ser un leproso.* Y ¿por qué esto? porque habiendo sentido y sintiendo aun por sí todos los dolores del mal, tuviera mayor compasión á sus compañeros de infortunio, y mandara asistirles con mas celo, diligencia y solicitud: ¿no es esto un estupendo amor de madre? ¿Pudo la Religión ser mas ingeniosa, y la caridad de los caballeros penetrar mas en el fondo de las miserias humanas? Ese gran maestro de los Lazaristas, que debe adolecer del propio mal que hace curar en los demás, ¿no imita, hasta donde cabe en la tierra, el ejemplo del Salvador que tuvo á bien aceptar todas nuestras enfermedades para ser mas simpático y sensible á nuestros dolores?

Esta regla fundamental de la Orden de san Lázaro dió márgen á una cuestión que no tiene par en los anales de la historia. Obligados los caballeros á abandonar la Siria en 1253, dirigiéronse al papa Inocencio IV diciéndole: « Desde el origen de nuestra institución, es ley entre nosotros elegir en gran maestro á un caballero leproso; pero ocurre la novedad de que los infieles han inmolado á todos los caballeros leprosos de nuestro hospital de Jerusalem; y así, no pudiendo cumplir con el instituto, os suplicamos nos permitais elegir en lo sucesivo á un caballero sano. » ¿Qué va á responder á esta súplica el Vicario de Jesucristo? No osando decidir por sí si es mejor que se pierda la Orden que poner fin al milagro de caridad cuyo ejemplo ha dado, remite á los suplicantes al Obispo de Frascati para que este resuelva lo que crea proceder, examinado con madurez conveniente insiguiendo las miras de Dios*. Si estos hechos hubieran acaecido entre Griegos ó Romanos, todo el mundo se haría lenguas de ellos, se relatarían en prosa y verso, y nos los harían tomar de memoria desde la primera infancia; mas porque fueron obra de nuestros padres en la fe y los inspiró la Religión, se relegan al olvido y aun se permite vergonzosamente que los ignoremos!

Dios, que á la lepra oponía correctivos tan eficaces, no dejaba postergados los males espirituales de sus hijos. En una época en que la Europa entera iba y venía de Oriente, el fervor de muchos se debili-

* Véase Helyot, t. 1, pág. 282.

taba, la concupiscencia, estimulada por el escándalo, amenazaba aniquilar la obra de la redención del ser moral contrayendo á lo sensible los afectos de su corazón: mas aun, los herejes se atrevían á levantar la cabeza y á proferir nuevas blasfemias. Como correctivo de tamaños males, y para dar nuevo impulso á la piedad, hacer reflorar la virtud, arrollar las herejías, y en suma, asegurar el triunfo á la Iglesia, Dios sacó de los tesoros de su misericordia un hombre, uno solo! para que se vea cuán poderosos son en sus manos los mas débiles instrumentos; y fué este hombre san Bernardo.

Modelo de virtud, apóstol de verdad, rey de su siglo, san Bernardo nació en el castillo de Fontaines, cerca de Dijon. Llegado apenas al mundo, su madre lo consagró al Señor, cosa por desgracia poco imitada, y que no tardó en dar sus frutos. Aunque niño, Bernardo amaba ya la soledad: dócil, afable, modesto, complaciente con todos, y en particular muy caritativo con los pobres, crecía en gracia delante de Dios y de los hombres á medida que avanzaba en edad. El favor que con mas ahínco pedía al cielo era de que nunca llegase á manchar su inocencia bautismal; y una vez que fijó sus miradas en cierto objeto peligroso, castigóse sumergiéndose hasta el cuello en un estanque helado.

Arguyendo por este lance cuán peligroso es el mundo, desde luego proyectó dejarlo; pero como aun estuviera perplejo, acudió á la oración, y últimamente dió conocimiento de ello á sus padres. Opúsose la familia al principio, pero tanto hizo y tanto porfió que acabaron por darle el permiso deseado, y aun atrajo á su proyecto á sus hermanos. En un día fijado, salieron juntos para el castillo de Fontaines donde estaba su padre, al objeto de despedirse de él y recibir su bendición, dejándole para que le consolara en su ancianidad al hermano menor Nivardo, el cual, al salir ellos, estaba jugando con otros niños de su edad. — « Adios, Nivarcillo, le dijo el mayor, solo tú disfrutaráis de nuestros bienes y haciendas. — ¿Cómo, respondió el rapaz con una penetración superior á su edad, para vosotros tomáis el cielo y á mí me dejáis la tierra? la partición no es igual. » Sin fijarse en esta circunstancia siguieron su camino, permaneciendo el chico con su padre; pero años despues tambien este dejó el siglo y fué á reunirse con sus hermanos.

Bernardo á la cabeza de treinta señoritos nobles que habia logrado atraer á Jesucristo, se encaminó al Cister, célebre abadía de Benedictinos fundada por Roberto, natural de Champaña, la que por estar sujeta á ciertas reglas especiales se considera como una segunda rama de la Orden de san Benito, siendo la primera la de Cluny, sita á cinco leguas de Dijon en la diócesis de Chalons. Antes que los religiosos llegasen á ella era un desierto escabrosísimo, fertilizado por una

pequeña corriente, y el nombre de *Cister* parece que se le dió á causa de unas cisternas halladas en aquel lugar.

Los religiosos empezaron por desmontar el terreno y labrarse unos barracones de madera; y su vida no podia ser mas pobre y edificante. En alas de la fama, bien pronto se hizo público este nuevo asombro del desierto, y ¡cosa notable! apenas habia pasado medio siglo de su instalacion, ya contaba quinientas abadías, y otro medio siglo despues tenia mas de mil ochocientas, siendo sus cuatro primeras hijuelas la Ferté, Pontigny, Claraval y Morimond. Toda la Iglesia de Jesucristo estaba llena de la fama de santidad de estos nuevos religiosos, como del aroma de un divino bálsamo, y no existia ni país ni provincia por la que esta vid benedictina no hubiese extendido sus ramas ¹.

Al Cister, pues, dirigieron Bernardo y sus compañeros. Llegados á las puertas del monasterio, postráronse humildemente delante de ellas pidiendo se les admitiese en la comunidad, y san Estéban, que era abad entonces, los recibió con mucho amor y les dió el hábito. Bernardo contaba veinte y tres años: habiendo pasado á la soledad para trascordar el mundo y llevar una vida oculta en Dios, excitábase al fervor diciéndose á menudo: « Bernardo, ¿á qué has venido? »

Fiel á la gracia de su vocacion, bien pronto sirvió de modelo á sus hermanos. Habiendo aumentado considerablemente el número de ellos, y ofreciendo el Conde de Troyes fundar un nuevo monasterio, deputóse para tal empresa á Bernardo, con otros doce religiosos. Sigámosles en su expedicion, para saber de qué manera el Evangelio ha conquistado y civilizado el mundo. La piadosa colonia, precedida de la cruz y de Bernardo, salió del Cister entonando salmos, y escoltada por Ángeles y cobijada con la proteccion de los Santos, caminó muchos dias hasta llegar al desierto llamado *Valle de Absinto*, en la diócesis de Langres, sito en mitad de una antigua selva, manida harto frecuente de bandoleros. Allí plantaron la cruz y sus báculos de caminantes, y despues de tomar posesion de aquella tierra selvática en nombre de Jesucristo, barbecharon parte de ella, y se fabricaron algunas celdillas. ¿Quién ponderará sus privaciones y trabajos? No una, sino muchas veces, viéronse reducidos á la mas extrema necesidad; pero aquel que mantiene á las avechillas del cielo no abandonó á sus servidores.

Los paisanos, admirados viendo su virtud, les auxiliaron y ayudaron á levantar un monasterio, de manera que todo cambió pronto de faz: el hórrido yermo se convirtió en risueña pradera hermosamente cultivada; la selva umbría en que solo resonaban los aullidos de las fieras ó la gritería de los ladrones, repitió los suaves acentos de las

¹ Helyot, t. V, pág. 347.

preces cristianas, pues mas de quinientos religiosos cantaban allí noche y dia loores al Señor, sin por esto olvidar el cultivo de la tierra y la asistencia á los pobres. Este monasterio y su valle tomaron el significativo nombre de Claraval, célebre y preclaro á la vez por el cambio recién operado por las virtudes angélicas de sus nuevos moradores y por la presencia de san Bernardo, el varon y el Santo mas eminente de su siglo ¹.

La fama del Abad de Claraval salvó bien pronto los limites del desierto en que se ocultaba, y puede decirse que la cristiandad entera fijó en él sus miradas. Consultado por reyes y papas que á él remitian la decision de sus mas arduos asuntos, vino á ser el alma de todos los consejos y de las mayores empresas de su tiempo. Él fué quien confundió los errores de Abelardo y de Gilberto de la Porrea, obispo de Poitiers; él quien predicó la segunda cruzada; él quien puso fin al cisma que dividia el Occidente; él quien defendió con no menos elocuencia que piedad las augustas prerogativas de la siempre Virgen María. Misionero á la par que hombre de Estado, recorrió en bien de la Iglesia y de los pueblos gran parte de Europa, predicando en Francia, en Italia y en Alemania; y por sus obras, su elocuencia, su celo y sus virtudes, fué llamado el último de los santos Padres de la Iglesia. Por fin, colmado de méritos, este gran milagrero murió en Claraval á los sesenta y tres años de edad, queriendo ser enterrado al pié del altar de la Virgen, cuyo tiernísimo devoto fué toda la vida, y el dia 20 de agosto de 1153 el cielo contó un nuevo morador.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber atendido con tal ahinco aun á las necesidades temporales de vuestros hijos. Concedednos la caridad de los hospitalarios de san Lázaro, y la devocion de san Bernardo á María santísima.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré cada dia el ACORDAOS por los enfermos.

¹ Las principales obras de san Bernardo son:

1º. Sus homilias sobre el Evangelio *Missus est*, en las que se contiene cuanto quepa apetecer de mas piadoso acerca el misterio de la Encarnacion y de María santísima;

2º. Su libro de la *Consideracion*, dirigido al papa Eugenio, que fué discípulo suyo, expositivo de todos los deberes propios de los superiores eclesiásticos. Igual es el concepto del tratado sobre los *Deberes de los Obispos*;

3º. Sermonario para todo el año.

« El discurso de san Bernardo, dice Sixto de Siena, rebosa todo fuego y dulzura, y á un tiempo abrasa y encanta: su lengua es como un manantial del que brota siempre leche y miel, y su corazon como un horno del cual salen ardientes afectos que inflaman á los lectores. » La edicion mejor de las obras de san Bernardo es la de D. Mabillon, París, 1690, fielmente reproducida por los hermanos Gaume en 1840.